

Crisis civilizatoria: el tiempo se agota

Edgardo Lander

El patrón civilizatorio que ha intentado universalizarse durante estos últimos 500 años está acercándose a hacer que la vida en el planeta Tierra ya no sea posible. Cuando hablamos de cambio climático o de las condiciones del agua, de la destrucción de la biodiversidad, no nos encontramos apenas ante una crisis ambiental sino ante una profunda crisis civilizatoria. Por tanto, estamos también ante el abordaje de un cuestionamiento a este patrón civilizatorio.

El patrón cultural y civilizatorio de Occidente, las formas de organización de la vida del capitalismo durante los últimos 500 años, la constitución del sistema-mundo colonial moderno, que durante este tiempo ha tendido a expandirse más y más hasta pelear por apropiarse del último rincón de la vida, tiene como una de sus potencias mayores la capacidad de convertir este modelo de organización de la vida en algo que parece natural, que parece que simplemente fuese así, que los seres humanos somos de esa manera, y por lo tanto que este es el patrón de vida más adecuado para los seres humanos porque somos así.

Si los seres humanos son individuos egoístas, competitivos, sujetos que identifican su propia realización y su propia felicidad con la adquisición de cosas, entonces obviamente la sociedad capitalista es la

sociedad que le da mejor respuesta. Pero en realidad, esta naturalización de ese orden civilizatorio es consecuencia de estos 500 años de un patrón de conocimiento, es consecuencia de patrones culturales que se reiteran y se reiteran hasta que parecen tan inevitables, precisamente porque aparecen como naturales.

Así sucede con la extraordinaria pluralidad y diversidad de experiencias histórico-culturales de los pueblos del planeta, ante las cuales se interpone una cultura particular con características muy específicas y diferentes a la gran mayoría de las otras culturas del planeta, que se impone como consecuencia de la expansión colonial, militar, tecnológica del capitalismo, y se ha expandido de tal manera, ha sometido y destruido otras opciones culturales, al punto que termina por aparecer como la única posible.

¿Qué características tiene este patrón cultural civilizatorio? Un asunto básico tiene que ver con la forma como se concibe la relación de lo humano con el resto de la vida; en esta relación un hecho fundante es la separación entre sujeto y objeto que establece el patrón de conocimiento hegemónico en Occidente. La noción de que el conocimiento se hace desde un lugar diferente a las cosas sobre las cuales se conoce, desde una exterioridad que las convierte en cosas, desde una relación entre la razón y las cosas, supone una ruptura radical con las formas de conocer de otras culturas, de otros pueblos, lo cual tiene implicaciones extraordinarias.

La separación entre una razón que conoce a cosas es la fuente de la separación que se establece entre razón y cuerpo -la razón conoce, el cuerpo es parte de la naturaleza-, y es por supuesto fundante de muchas otras separaciones, de las cuales quiero referirme a dos: por una parte, la construcción de lo masculino y lo femenino, y por otra, la construcción de la separación entre cultura y naturaleza. Cuando se define al sujeto del conocimiento como la razón, y se concibe a lo masculino como portador privilegiado de la razón, en tanto se considera a lo femenino como más anclado al cuerpo, a la reproducción, al embarazo, a la menstruación, a todos los ámbitos de lo llamado

'privado', se está construyendo también al cuerpo de la mujer como parte de ese objeto conocido por la razón, que es una razón básicamente patriarcal.

Eso está estrictamente ligado a la separación que, igualmente, se establece entre el ámbito de la llamada cultura y el ámbito de la llamada naturaleza. La cultura ha sido convertida en una exterioridad, parece que flotara; es decir, la cultura tiene que ver con todo lo que hacemos, cómo vivimos, cómo nos alimentamos, pero aparece por fuera o por encima de aquello que es su sustento, que se ve simplemente como una cancha de juegos sobre el cual todos jugamos. ¿Pero qué implicaciones tiene esa relación de radical exterioridad? Implica principalmente que, a diferencia de otras culturas, la llamada naturaleza está totalmente desencantada, esto es, la naturaleza pierde por completo todo carácter sagrado en los múltiples sentidos, en el sentido de condición, parte y carácter de la vida misma. Si lo humano es pensado como 'lo otro', diferente a la llamada naturaleza -llamada naturaleza porque obviamente somos todos parte de ella, somos todos parte de la vida-, no existe ninguna separación posible entre los humanos y la vida-, entonces se establece con ella una relación absolutamente instrumental, tan instrumental que nos parece perfectamente natural hablar del agua, del hierro, de la floresta como recursos naturales. ¿Por qué recursos? Porque están ahí para que los seres humanos nos apropiemos de ellos y los utilicemos en función de los humanos. Pero la vida no es recurso. Entonces, pensar en la vida como recurso es pensar en una forma totalmente instrumental, totalmente negadora y destructora de la vida.

Hoy nos encontramos con que ese sistema productivo, esa lógica, ese patrón de conocimiento, han llegado en la fase actual del capitalismo a una condición que claramente ha sido denominada como de metástasis, del cáncer del capitalismo, en el sentido de que los procesos de crecimiento por la vía de apropiación y transformación de esta llamada naturaleza -montado sobre el supuesto básico de que el bienestar y la felicidad humana se miden por la acumulación de cosas materiales- están llevando a ese extremo que Gandhi señaló: el

planeta tiene suficiente vida para garantizar las necesidades de todos sus habitantes, pero no para garantizar la avaricia de todos.

Así, cuando hablamos de las condiciones de realización de la vida y tenemos una sociedad en la cual la condición de realización de la vida y la felicidad, el avance y el progreso están basados sobre la inexorable destrucción de las condiciones que hacen posible la vida, obviamente estamos ante una situación patológica e insostenible.

Hay ya una conciencia de dicha situación. Hoy está en el debate internacional y en la prensa de todos los días, en el sentido común, la idea de que estamos ante una crisis, que se enfoca fundamentalmente como crisis financiera y económica, pero que se ve también en términos más profundos con el llamado cambio climático.

El asalto final del capitalismo

Por primera vez podemos pensar seriamente que el tiempo dejó de ser una especie de bien infinitamente disponible hacia futuro, de manera que lo que no logremos ahora lo lograremos mañana o pasado mañana, y lo que no logremos hacer en una generación lo harán otras generaciones. Nos encontramos, por el contrario, en una situación en que esto ha llegado a sus límites. Ya no es viable este patrón civilizatorio de crecimiento sostenido, de guerra sistemática de los seres humanos en contra del resto de la naturaleza, esta cosmovisión que establece una ruptura radical entre los seres humanos y la llamada naturaleza, entre lo humano y lo llamado natural, entre razón y cuerpo, que establece un patrón de conocimiento cuyo fin último es siempre la posibilidad de prever para controlar y controlar para transformar y transformar, termina siendo, para destruir. Esta concepción de la vida que identifica la acumulación de bienes materiales con la felicidad humana, estas nociones que, bajo diferentes formas históricas, aluden a ejes de crecimiento y progreso; esta forma de organización de la vida que llamamos capitalismo, que es un patrón de organización de la vida colectiva que tiene como fin supremo, nece-

sario, indispensable, para su propia existencia, el crecimiento sostenido -no sostenible sino sostenido en el tiempo-; es todo esto lo que ha llegado a sus límites.

Si pensamos que en la historia de este planeta y en la historia de la humanidad, en la cual han prevalecido formas diversas y múltiples de equilibrios de los seres humanos con su entorno, el capitalismo marcó una ruptura -y en sentido más general el capitalismo y el patrón de la civilización industrial que se replicó en la experiencia del socialismo soviético-, encontramos que esto puede ser catalogado propiamente como un patrón civilizatorio 'cancerígeno'. ¿Por qué? Porque lleva al crecimiento desbordado de una parte sobre la base de la sistemática destrucción del resto.

Hasta hace pocas décadas -a pesar de la historia que conocemos del capitalismo, del imperialismo y del colonialismo- la expansión de la mercantilización hacia el planeta y hacia los diferentes ámbitos de la vida encontraba limitaciones diversas, de naturaleza política, geopolítica, tecnológica, cultural. Por ejemplo la vida de centenares y centenares de millones de familias campesinas, sobre todo del Sur, había logrado mantenerse en lo fundamental, no al margen del capitalismo, no al margen del mercado, pero con una lógica de reproducción cultural y de estar en la naturaleza, que no estaba sometida plenamente a la lógica de la mercantilización. La producción campesina no era una producción de mercancías, era una producción de vida, de alimentos, de cultura, de intercambios, etc., etc.

Todo esto ha venido transformándose muy aceleradamente en esta suerte de asalto final: asalto final a lo que quedaba fuera, a los no sometidos. Este asalto final ha tenido en el neoliberalismo muchas caras, muchas vertientes, muchos patrones. Un patrón ha sido, por ejemplo, la mercantilización de lo público, la transformación de lo público en privado, la transformación de los derechos en mercancía, la transformación de los ámbitos de la vida pública y de los derechos democráticos -salud, educación, agua, etc.- en relación cliente-empresa, consumidor-empresa.

En el ámbito campesino esto se refiere a que mientras la producción campesina ha sido una producción fraccionada, diversa, múltiple, con patrones culturales diversos, con gran diversidad genética en diferentes contextos, donde los patrones de conocimiento de las comunidades campesinas e indígenas son múltiples, diversos y conectados vitalmente con contextos en los cuales se da la inserción de las comunidades en sus territorios, las formas en que las empresas transnacionales podían apropiarse y someter estaban bastante limitadas. Hoy podemos ver los efectos de treinta años sistemáticos de sobreponerse a estos 'obstáculos', que han sido de carácter tecnológico, jurídico, político y geopolítico. Una dimensión fundamental es la tecnológica, todo el desarrollo de la biotecnología tiene por objetivo central el proceso de sometimiento de los patrones de producción de la vida y de la diversidad genética del planeta que, mientras es diversa, múltiple, fragmentada, no es controlable.

En los Andes, por ejemplo, donde había dos mil nombres diferentes para la papa, no es imaginable que exista una empresa capaz de controlar eso. Si, por el contrario, se logra reducir las variedades de papa del planeta a siete semillas o se logra reducir la variedad de maíz, o la variedad de trigo o de otros productos a unas pocas semillas que tienen unas características particulares, en tanto las otras o se reprimen -porque se prohíbe el intercambio entre campesinos- o se destruyen por la vía de la contaminación genética, o se destruyen las condiciones de vida de los campesinos, de manera tal que para sobrevivir no les queda sino vender en los mercados que sólo aceptan determinados tipos de productos, nos encontramos con procesos progresivos de transformación de la actividad con fines de poder controlarlos.

La sola razón de la existencia de la Organización Mundial del Comercio está en el tema de la propiedad intelectual. Porque la propiedad intelectual en el ámbito de los medicamentos, de los entretenimientos, de los programas de software, pero fundamentalmente en el terreno más importante de todos, el control sobre la alimentación del planeta, no sería posible sin estas transformaciones de la biotecnología, acompañadas de estas formas jurídicas, impulsadas primero por

los Estados Unidos y después impuestas a través de la Organización Mundial del Comercio, que transforman la vida en propiedad privada. Al transformar la vida en propiedad privada está produciéndose el intento del asalto final.

Cuando en los debates internacionales contemporáneos, en las reuniones del Panel Intergubernamental de Cambio Climático u otros debates de Naciones Unidas, se analiza la gravedad del problema -que es reconocida-, un aspecto ausente es el reconocimiento de aquello que como patrón global de organización del pensamiento, de la producción, de los imaginarios de esta guerra sistemática en contra de la vida, está en la base de este proceso de destrucción.

Si se busca cuáles son los tipos de respuesta que están hoy siendo debatidos en las negociaciones internacionales y en los acuerdos como el de Kyoto y sobre el cambio climático, hay dos cosas que llaman la atención, porque son los ejes que atraviesan toda la discusión: ¿cuáles son las respuestas de mercado? ¿cuales son las respuestas tecnológicas? Tienen que ver con lo que en Estados Unidos llaman el *technological fix*, el arreglo tecnológico, o sea la solución tecnológica que tiene todo problema, si no está disponible al momento lo estará después.

Por ejemplo, cuando comenzó la utilización de la energía nuclear, inmediatamente se planteó el hecho de que ésta producía desechos con una vida radioactiva de miles de años. Ante ese problema de la industria nuclear se planteó ir investigando en el camino cómo se procesan los desechos, cómo se les quita la radioactividad y se hacen inofensivos, sin esperar a tener esas respuestas, se establecieron fábricas nucleares, empresas que generan energía nuclear. Tiene más de 60 años la historia de la industria nuclear y la solución tecnológica no está en el horizonte; se sigue pensando que en algún momento se descubrirá algo. Mientras tanto, se coloca estos materiales en barriles cubiertos por metros de cemento que a los pocos años son destruidos por la radioactividad; entonces actualmente en los Estados Unidos están buscando unas minas de sal a gran profundidad, en una

lógica de pasar el problema y su solución al futuro, porque en algún momento habrá respuesta. Es una lógica diferente a la de sentirse, como humanos, parte de la vida, y como parte de la vida buscar las condiciones que hacen que la vida -no el bienestar material de los humanos- se incremente, que la vida en su conjunto tenga capacidad de seguir adelante.

Afortunadamente, a pesar de 500 años de intento de universalización de este patrón de guerra sistemática contra la naturaleza, de conocimiento entendido como control y por tanto como destrucción, de conocimiento monocultural y patrón monocultural de vida; a pesar de la extraordinaria capacidad del mercado, de la tecnología, de los medios de comunicación y del sometimiento colonial, encontramos que los lugares desde los cuales pensar, sentir y reflexionar éticamente sobre este proceso no han sido exterminados. Existen, son vigorosos, están presentes y son los lugares desde los cuales es posible establecer los espacios para pensar que esto no es inevitable, que tenemos opciones.

Esto obviamente nos plantea grandes desafíos, pues están en juego las urgencias pero también el hecho de que en los temas de transformación, de cambio, de emancipación, de construcción de otro modelo de sociedad -socialismo del siglo XXI u otro-, que implican pensar en la posibilidad de una vida más allá del capitalismo, se tiene que necesariamente incorporar como una dimensión sustantiva la construcción de otro patrón civilizatorio, de otra concepción de la riqueza, de otra concepción de lo que es la vida. Y aquí nos encontramos con dificultades, porque los procesos políticos reales -no los que quisiéramos, sino los reales- están atravesados de contradicciones, donde los énfasis están en una u otra dirección.

Asistimos así a complejas situaciones donde, por ejemplo, si se ve el continente desde un punto de vista geopolítico, se valora el importantísimo proceso de UNASUR, con una afirmación de soberanía de América del Sur inimaginable hace diez años, con quiebres que están produciendo una recomposición geopolítica del planeta, que están

limitando notablemente la capacidad de los Estados Unidos para imponer su voluntad en América Latina; pero estos mismos gobiernos están acentuando patrones de destrucción, que se expresan en la siembra masiva del monocultivo de eucalipto en Uruguay, en el proceso de devastación de la pesca y los bosques de la zona Mapuche en Chile, etc.

En el caso venezolano, por ejemplo, desde el punto de vista de los procesos de participación popular, de la soberanía nacional, de la iniciativa política internacional y el fortalecimiento de las relaciones internacionales en el Banco del Sur, en la Alternativa Bolivariana para los pueblos de Nuestra América, en las relaciones con Cuba, están ocurriendo cosas maravillosas. Pero ¿es posible una sociedad alternativa basada en el petróleo? ¿Qué hace un gobierno cuyos planes de desarrollo y cuya inversión en Barrio Adentro, en los programas sociales y en el apoyo a los procesos de otros países, están financiados por el petróleo, cuando el petróleo forma parte de este cáncer del que hemos hablado? Son unas extraordinarias complejidades, por eso es tan importante lo que está ocurriendo ahora en Ecuador y en Bolivia. No porque estas contradicciones no estén presentes, sino porque hay la posibilidad de encontrarles salidas desde el nuevo paradigma del Buen Vivir / Vivir Bien.

Como parte de esta complejidad, hay situaciones en las cuales están presentes los imaginarios del progreso, del desarrollo, no sólo en el lado de los gobiernos, sino inclusive en las demandas que hace la población a los gobiernos. Sin embargo, es necesario subrayar la idea de que ya no podemos dejar para después los asuntos de la vida, deben estar presentes en el hoy o será demasiado tarde.

Repensar la riqueza y la desigualdad

Ante la magnitud de los actuales desafíos, encontramos dificultades teóricas y conceptuales, dado que los instrumentos teóricos para pensar, criticar, repensar, reinterpretar, para ver salidas; los instrumentos académicos, las ciencias sociales con las cuales contamos, forman parte, en una importante medida, de los mismos mecanismos de este orden civilizatorio que naturaliza esta forma de ordenar la vida, de ordenar la desigualdad, de ordenar la guerra contra la naturaleza: Por tanto, no son estos instrumentos sino un cuestionamiento radical de ellos lo que nos permitirá dar cuenta de salidas.

Las disciplinas en las cuales estamos formados, en particular la economía, son eurocéntricas, coloniales; fraccionan la vida en pedazos y arbitrariamente asignan unos u otros como su objeto. La economía se reduce a una visión muy particular, que tiene que ver con una herencia de la construcción de la sociedad de mercado de la tradición liberal -lamentablemente asumida en una forma relativamente acrítica también por la tradición marxista socialista en varios sentidos-.

Así, lo que se entiende por riqueza, su cuantificación, la definición de qué se mide y qué no se mide, tiene un instrumento básico con el cual se evalúa todo el ámbito económico: las cuentas nacionales. Pero estas miden unas cosas y no miden otras. No miden la capacidad productiva de la vida, toda la capacidad de subsistencia que no implica intercambio mercantil, todo el ámbito -ampliamente extendido en el planeta- del trabajo de las mujeres en el hogar como condición de reproducción; miden apenas una porción de un proceso mucho más vasto. Al mismo tiempo, omiten los procesos destructivos, con lo cual muchas veces aparece como acumulación de riqueza lo que es en realidad un proceso sistemático de empobrecimiento colectivo, porque se están destruyendo las condiciones que hacen posible eso que llamamos riqueza.

Otra dimensión de este tema tiene que ver con las formas desiguales de apropiación de las capacidades productivas de la vida. Resulta

paradójico -y puede sonar absurdo- que el planeta está sobre-explotado y que los seres humanos están tomando demasiados bienes de la vida para su propio bienestar, cuando centenares o miles de millones de personas en el planeta no tienen acceso a agua potable o no consumen el mínimo de calorías diarias; es un nuevo elemento de esta situación dramática en la que, obviamente, no todos los seres humanos tenemos la misma responsabilidad. Se ha hecho evidente la gran desigualdad en las condiciones de apropiación de las condiciones de la vida.

Desde la perspectiva liberal la desigualdad ha sido vista como una condición de la riqueza, bajo dos supuestos: que la concentración permite inversión en tecnología para la invención de nuevos productos, lo genera una dinámica de transformación y progreso que arrastra al conjunto; y que el consumo de los ricos se convierte en patrón de referencia para la aspiración de los pobres, con lo cual todos caminaríamos hacia una sociedad de abundancia.

Hoy esa visión es cada vez más falsa. Estamos ante una apropiación desigual que tiene mecanismos no abstractos / genéricos, sino concretos, mecanismos que, por ejemplo, llevan a que las comunidades pescadoras del África Atlántica encuentren que sus condiciones de vida están socavadas porque su antigua fuente de pesca está totalmente copada por los buques factoría europeos. Es una relación que ni siquiera requiere de la explotación de la fuerza de trabajo, porque no son los africanos los que están pescando, sino los que están quedándose sin las condiciones mínimas para alimentarse en la forma como lo habían hecho históricamente.

Vemos así otra dimensión de esta crisis del modelo civilizatorio: es un modelo que se basa en la más radical de las inequidades y las desigualdades. Hoy en el planeta la lógica del acceso a los bienes comunes de la Tierra implica que si los ricos se hacen más ricos, necesariamente les queda menos disponibilidad a los pobres y, por lo tanto, serán más carentes aún en cosas básicas como el acceso al agua.

Así, no es posible ni siquiera pensar en una respuesta a esta crisis civilizatoria y a estos límites a la vida en el planeta sin una redistribución del acceso a los bienes, que puede significar una reducción del hasta el 90 por ciento en el consumo energético en los países del Norte, y de proporciones igualmente elevadas en el consumo de otros bienes asociados al bienestar material. Sin esa redistribución, resulta imposible pensar que las poblaciones pobres del Sur van a tener condiciones de acceso al agua, a una alimentación balanceada, a condiciones dignas de vida.

Esta necesidad de transformaciones profundas incluye también un cambio de imaginarios. No es posible imaginar que el futuro de un país como Ecuador, por ejemplo, esté asociado a la abundancia material que caracteriza los niveles de consumo de las sociedades del Norte; eso es una imposibilidad material, no depende de si nos gusta o no el nivel de consumo y los *shoppings* de la sociedad norteamericana; el problema es que ese patrón de consumo no es posible para el conjunto de la humanidad. Y mientras continúen los TLC, las negociaciones de la OMC, las protecciones de las inversiones extranjeras, etc. como si fueran a conducirnos a ese patrón de consumo, estamos en realidad en una carrera permanente hacia una imposibilidad histórica, lo cual es una irresponsabilidad porque destruimos lo que tenemos en función de una apuesta a algo imposible, más aún en ese tiempo acotado que nos queda para responder a la crisis que tenemos presente.

Sin cambio de paradigma no habrá soluciones

¿Es posible responder a estos límites del planeta sobre la base de los mismos patrones de conocimiento, de las mismas expectativas de lo que entendemos como vivir bien? La respuesta es, obviamente, no. Tenemos hoy como retos la construcción de otras formas de entender la realización de lo humano, el bienestar, el buen vivir y, simultáneamente, el de la justicia con el planeta.

Ahora bien, hay un aparente reconocimiento de los límites del planeta, el problema aparece en las agendas internacionales y en las de los gobiernos, pero la búsqueda de soluciones es engañosa, porque en los espacios donde se dilucida el asunto y se toman decisiones al respecto los actores presentes son los mismos gobiernos, las mismas empresas transnacionales y los mismos centros de producción de conocimiento -universitarios o no- que forman parte de este patrón civilizatorio, de este patrón tecnológico, de este patrón de mercado.

Si observamos el proceso de debate sobre cambio climático de las Naciones Unidas, se evidencia una visión exclusivamente desde arriba, desde donde se perfilan tres respuestas: regulación estatal, respuestas de mercado y respuestas tecnológicas.

Pero obviamente desde los mismos patrones tecnológicos basados en el concepto de guerra de los humanos contra el resto de la vida, que nos han llevado a donde estamos, es imposible encontrar salidas. De su lado, los mecanismos de mercado se convierten hoy en las formas en las cuales se encuentran nuevos ámbitos, nuevas rutas, nuevas posibilidades de acumulación de capital. Varios mecanismos internacionales están actualmente operando -y se reforzarán a partir de los acuerdos de Copenhague-; por ejemplo las facilidades de 'desarrollo limpio de Kyoto', financiadas por el Banco Mundial, los mecanismos del mercado de carbono, y otros similares, que convierte el 'derecho a la contaminación y a la destrucción' en otra mercancía que puede ser comprada y vendida. Son mecanismos pensados desde el Norte, en términos de empresas capaces de hacer negocios con estos rubros, e implican necesariamente que las consecuencias van a seguir siendo pagadas por los pueblos del Sur.

Se multiplican las supuestas soluciones ambientalmente favorables, que en realidad disfrazan de verde políticas que se mantienen en la misma línea de destrucción. Por ejemplo, el caso brasileño de impulso a los agrocombustibles, cuyos efectos no suponen en verdad reducir las emisiones de gases de carbono, mientras sí conllevan la reducción de diversidad genética, destrucción de fuentes de agua,

alteraciones de las condiciones de la soberanía alimentaria de los pueblos campesinos, desplazamiento, etc. Es un terreno de muchas trampas, donde se requiere una mirada crítica hacia los patrones del conocimiento y hacia los sujetos que están detrás de estos nuevos negocios verdes.

Las respuestas alternativas se están construyendo desde otros lugares: desde la crítica feminista a la separación objeto / sujeto, desde la crítica a la destrucción del carácter sagrado de la vida en pueblos campesinos, en pueblos aborígenes; desde la propuesta y práctica real ampliamente desarrollada por Vía Campesina, que recupera una relación diferente de los seres humanos con el resto de la vida. Pero tenemos el reto del tiempo.

Si dispusiéramos de dos siglos para avizorar la llegada de la crisis del límite del planeta, podríamos tener plena confianza de que todos estos procesos de bases múltiples en sus articulaciones, tendrían capacidad de avanzar hacia la creación de alternativas. El problema es que los procesos de destrucción están avanzando en términos acelerados, lo cual nos coloca en la doble tarea de frenar este monstruo y desarrollar opciones simultáneamente. No podemos simplemente pensar que el desarrollo de soluciones alternativas en otros espacios nos garantiza la posibilidad de la vida en el planeta, si no logramos simultáneamente frenar y derrotar esta gran máquina de destrucción, de guerra, de desigualdad, que es hoy la sociedad capitalista.